

cídides, en realidad habría intentado demostrar que los tiranicidas actuaron por motivos personales y no políticos, que la posible conducta impía de Alcibiades no tenía relación con su actuación política, por tanto, es falso el símil de Hiparco con Alcibiades y carecían por completo de base las insidias políticas contra Alcibiades. Tucídides intentaría desenmascarar los errores del pueblo y revalorizar la importancia del rigor metodológico del buen historiador en la toma de decisiones políticas.

Se trata en definitiva de un estudio riguroso y lleno de interés que abarca aspectos fundamentales de la obra de Tucídides y la articulación de sus partes. Aunque quizá no aporte novedades revolucionarias tiene el interés de saber recoger toda la tradición de estudio anterior y avanzar a partir de ella. Por otra parte ofrece un análisis muy pormenorizado y detallado de los pasajes que estudia, siempre desde la perspectiva literaria de su composición y sus implicaciones en la metodología historiográfica.

FRANCISCO CORTÉS GABAUDAN

MASARACCHIA, AGOSTINO - *Isocrate. Retorica e politica*. Roma, Gruppo editoriale internazionale, 1995.

Como un acontecimiento inusual puede considerarse la aparición de libros monográficos sobre la obra de Isócrates, el cual, a pesar de ser una de las figuras claves del siglo IV a.C., ha merecido hasta ahora en nuestra disciplina una atención muy lateral, siendo incluso pocas las ocasiones en que se ha estudiado al orador por sí mismo y muchas aquellas en las que se le ha utilizado para arrojar luz sobre alguno de sus contemporáneos y rivales. El estudio de Masaracchia, junto al abajo reseñado de Alexiou y otro también muy reciente de Sylvia Usener (véase mi reseña en *Cuadernos de Filología Clásica* de 1996) permiten ya suplir algunas de las lagunas más urgentes en la investigación.

El libro de Masaracchia (=M.) consta de tres estudios independientes entre sí. El primero se titula «Le scienze della paideia» (pp. 17-45) y quizás sea, a mi juicio, el más valioso y original. Con una magistral precisión describe M. en pocas páginas el papel que desempeñan las ciencias en el sistema educativo isocrático, un problema crucial injustamente olvidado por los estudiosos (cf. la ilustrativa nota 5 en p. 18). M. sigue un procedimiento correcto pues no intenta analizar de forma global la validez de las ciencias en la concepción isocrática de la educación, sino que realiza un análisis de los diferentes discursos en orden cronológico, lo que le permite observar cambios en las posturas del orador, que pasa de ignorar el papel de las ciencias en la educación (no aparecen citadas en sus discursos chipriotas) o negarles validez cognoscitiva (reflejo de la desconfianza innata en Isócrates hacia la existencia de un saber objetivo, es decir, de su depreciación de la ἐπιστήμη, que subordina a la δόξα: *Helena* 5: «es mejor tener opiniones correctas sobre lo que es útil que conocimiento preciso sobre lo que es inútil») a adoptar una postura de un cierto compromiso en la que, sin revisar del todo este postulado, concede a dichas disciplinas una cierta utilidad formativa (*Antidosis* 261 ss.: las ciencias son útiles como una propedéutica para la filosofía). No cabe duda que la Academia platónica,

que concedió tanta importancia a las ciencias, tuvo algo que ver en esta postura final de Isócrates. Desde una perspectiva teórica tiene razón M. cuando afirma que «el juicio de Isócrates sobre la utilización de las ciencias en la paideia coincide sustancialmente con el de Platón» (p. 40) ya que ambos instrumentalizaron el estudio de las ciencias en su sistema educativo, pero ello, como bien advierte también el autor, no debe hacer olvidar que la praxis de ambas escuelas era muy diferente y que las ciencias estaban probablemente ausentes por completo de la escuela isocrática, una circunstancia que pesa en su marginación del currículo helenístico, como ya señaló Marrou en su momento. Pero más que esta conclusión general el capítulo destaca por la suma de pequeñas observaciones de detalle que refuerzan la argumentación y que tratan tanto de las relaciones de Isócrates con Aristóteles (nota 49, p. 40) como de paralelos con Platón (tanto en *Panatenaico* 26-29 como en *Gorgias* 484c ss. se distingue entre la educación para jóvenes y adultos). El esbozo resultante del problema es ya imprescindible.

El segundo capítulo, «Greci e Barbari nel Panegirico» (pp. 47-79), es también metodológicamente impecable en la medida en que, 1) sitúa la visión de los bárbaros en Isócrates dentro de unas coordenadas históricas; 2) considera la evolución interna de las ideas del orador respecto a los bárbaros a lo largo de su obra. Con respecto al primer punto, M. pasa revista al concepto de bárbaro en el mundo griego y comprueba que el siglo IV a.C., cuando el imperio persa dirige a distancia la política griega, atestigua un auge creciente de las posturas que consideran a los bárbaros como diferentes en su naturaleza de los griegos. Esta actitud, de la que M. encuentra reflejos en Platón, Aristóteles, Jenofonte y Demóstenes y que contrasta con ideas más racionales del ámbito de la filosofía griega que proclaman la igualdad de todos los seres humanos, es precisamente la que adopta Isócrates en su *Panegirico*. No obstante, M. hace ver la evolución de nuestro orador hacia posturas más abiertas a partir de la redacción del *Panegirico*, que pertenece al comienzo de su carrera como orador político. La helenización de monarquías periféricas como Chipre o Macedonia, no dejó de impresionar a Isócrates, que vio las posibilidades de helenización de los bárbaros y de hecho así lo refleja en *Evágoras* y *A Filipo*, superando visiones demasiado simplistas como las de su *Panegirico*. No hay que ver en él contradicción sofística (del tipo de la que se le acusa con frecuencia en la crítica), sino simplemente evolución. Pero dado que esta apertura de Isócrates es posterior al *Panegirico*, M. considera – y éste es el aspecto esencial que pretende aclarar este capítulo – que el famoso pasaje de *Panegirico* 50 en el que Isócrates afirma que el nombre griego no es propio del nacimiento sino de la παιδεία no es, tal como postulaba Jaeger, una superación de las diferencias entre bárbaros y griegos por la cultura, ajena a los planteamientos del orador en este periodo. Un estudio del contexto del pasaje permite a M. comprobar que la educación es lo que distingue para Isócrates no a griegos de bárbaros, sino a los atenienses del resto de los griegos; el hecho además de que Isócrates valore más la παιδεία que el γένος como criterio de identidad de los griegos no implica tampoco que el γένος no desempeñe papel alguno a su ojos a la hora de definir la identidad griega. En definitiva M. hace caer definitivamente uno de los tópicos más difundidos sobre Isócrates y nos aproxima algo más al verdadero pensamiento del orador.

El tercer capítulo está dedicado al análisis del discurso *Panatenaico* (pp. 81-149) que M. define con razón como «la obra más singular de la producción isocrática y una de las más enigmáticas de su tiempo» (p. 81). Los resultados obtenidos son sin embargo algo decepcionantes.

nantes en la medida en que M. no logra romper del todo el círculo vicioso de los estudios anteriores (también insatisfactorios, como él reseña en su balance) con nuevas propuestas de interpretación del discurso. Desde el punto de vista del método del que se parte hay que reseñar igualmente alguna incongruencia de base. Opina así M. que el discurso fue redactado en dos fases, de forma que mientras en un primer momento la obra se dirigía a Filipo (la antigua tesis de Wendland) y le proponía la alianza con Atenas, en un segundo momento, después de una larga enfermedad del orador (a la que éste mismo hace referencia en la obra), éste, viendo que las circunstancias políticas eran otras y que Atenas estaba en guerra con el macedonio, cambió la orientación de su obra y eliminó las alusiones a Filipo. De esta forma quedaría un discurso extraño como el que hoy tenemos, en el que la alabanza de Atenas perdería su función inicial. M. sin embargo, al hablar de dos fases y observar las contradicciones que de ellas derivan, procede de una manera justamente inversa a la que le llevó a afirmar en pp. 49-51 a propósito del *Panegírico* que sus contradicciones no son debidas a la existencia de dos redacciones a pesar de que se nos dice que el orador invirtió largos años en su redacción.

Pero más allá del diferente criterio seguido en cada caso, lo que realmente importa es que M. apoya su teoría en una interpretación demasiado libre de las palabras del orador en diversos pasajes. Así en § 232 Isócrates no afirma, como pretende el autor, que después de su enfermedad hayan desaparecido las razones que inspiraban su discurso original, sino simplemente que no estaba satisfecho con lo escrito. No hay pues espacio en esta afirmación para suponer un cambio de planes en el discurso que pudiera relacionarlo en una fase inicial con la figura de Filipo. El hecho de que en numerosos pasajes Isócrates considere que Atenas es un aliado más fiable que Esparta (§§ 42-48) no tiene tampoco por qué ser un mensaje dirigido exclusivamente a Filipo y no incluir a otros posibles amigos y aliados de Atenas. Igualmente, cuando Isócrates dice en § 65 que los que hablan mal de los atenienses son responsables de la mala fama que gozan sus amigos en Atenas, no se refiere a la mala fama de Filipo como pretende M. (p. 96), sino tal vez a la mala fama de los espartanos, que son los amigos de los calumniadores y aquellos que se toman siempre como referencia frente a Atenas en la σύγκρισις de ambos estados que es en el fondo el discurso. El *excursus* a Agamenón nada tiene que ver con Filipo, tal como propone M., que no aprecia los paralelos entre la figura de Agamenón y la del propio Isócrates (ver mi artículo en *Emerita* 64, 1996, pp. 137-156 y más abajo algunas de las observaciones coincidentes de Alexiou). Cuando M. afirma (p. 100) con respecto al *excursus* que «la empresa troyana está aquí leída a la luz del proyecto político en el cual Isócrates quiere implicar a Filipo» no se da cuenta de que el proyecto político isocrático de la lucha contra el persa es independiente de la figura de Filipo y tan antiguo como el *Panatenáico* y que el hecho de que Isócrates implicara en él al rey macedonio con su *A Filipo* no supone que también lo hiciera en el *Panatenáico*. Las pruebas faltan y no se deben interpretar sesgadamente. La alabanza de la monarquía en § 119 no es tan clara como pretende M., no sirve sino para confirmar la condición oligárquica de Isócrates, no conduce en definitiva a Filipo, como tampoco lleva a él el elogio del rey Teseo en la *Helena*. El que en § 137 Isócrates alabe el carácter modélico de la constitución de los atenienses no es ni puede ser un guiño a Filipo como pretende M. (p.113, donde habla de «convergencia pragmática entre la democracia ateniense y la monarquía macedonia»), a menos que supongamos que el viejo orador estaba realmente al margen de la *Realpolitik* del momento. En § 147 no se dice como preten-

de M. que la democracia aristocrática es «algo que se da entre los más afortunados tiranos» (lo que convertiría el pasaje en un guiño a Filippo) sino tal vez que el hecho de que el pueblo castigue a los gobernantes es «algo que les ocurre incluso a los más afortunados de los tiranos». A favor de esta interpretación está el hecho de que Isócrates habla negativamente del tirano Pisístrato en § 148 sin mayor transición. El superlativo de εὐδαίμων aplicado a los tiranos no cualifica la condición de la tiranía y sirve sólo para indicar la prosperidad del tirano, que precisamente puede verse frenada por el control del pueblo.

Pese a todo ello, es evidente que Isócrates no tenía por qué renunciar a implicar a Filippo en su proyecto político y es por lo tanto esperable que ocasionalmente se puedan encontrar alusiones vagas al macedonio en su último discurso, pero esto no significa que el discurso esté construido en torno a Filippo al igual que no lo está respecto a los múltiples temas que toca Isócrates en el *Panatenáico* de manera incidental. Tampoco cuando Isócrates advierte a los griegos que el rey de Persia es severo con quien le adula y condescendiente con quien se le opone (§§ 159-160) hace otra cosa que incitar a los griegos a doblegarle combatiéndole; resulta forzada la idea de M. (p. 115) de que Isócrates está proponiendo a Filippo que adopte una actitud diferente a la del Gran Rey (¿y sea severo con sus opositores?). Las dificultades se hacen insalvables cuando M. interpreta la versión conciliatoria hacia Tebas del mito que nos cuenta cómo Atenas consiguió que el argivo Adrasto recuperara los cadáveres de sus soldados caídos ante los muros de los tebanos. Isócrates, claramente hostil a Tebas en otras obras suyas, relata ahora cómo los tebanos accedieron enseguida a la petición de Teseo de devolver los cadáveres de los argivos, actuando μετρίως, contrariamente a la opinión que se tiene de ellos y denunciando tan sólo a los que habían invadido su país (§§ 168-179). Creo que es imposible negar que Isócrates está defendiendo la alianza de Tebas y Atenas que es la que se enfrentó a Filippo y es salir difícilmente del paso el afirmar, como hace M. (p. 118), que la alabanza de Tebas «es coherente con el deseo de promover la concordia entre los estados griegos como presupuesto de la alianza que debe ser concluida entre Filippo y Atenas». En vista de todo ello creo que es conveniente poner en cuarentena la tesis de M. de que el discurso fue inicialmente concebido en función de Filippo y buscar en otra parte las motivaciones que llevaron a Isócrates a escribirlo.

JUAN SIGNES CODOÑER

ALEXIOU, EVANGELOS – *Ruhm und Ehre. Studien zu Begriffen, Werten und Motivierungen bei Isokrates*. Heidelberg, Universitätsverlag C. Winter, 1995, 272 pp.

El libro de Alexiou (=A.), la publicación de una tesis doctoral leída en Heidelberg en 1994, aborda de manera monográfica un problema tan complejo como es el concepto del prestigio social en la obra de Isócrates. En efecto, la δόξα, así como otras nociones afines asociadas a ella, es cardinal dentro del pensamiento de Isócrates y ello no sólo porque alguno de sus más importantes discursos (como la *Antídosis*) hayan sido escritos fundamentalmente para defender un prestigio amenazado, sino porque está de hecho presente en casi todas sus obras e impregna en gran medida la propia concepción que tiene el autor de la oratoria y la retórica fren-